



Rachel Cusk

GETTY

Narrativa La autora británica se da licencias de forma y sale victoriosa en 'A contraluz', el primer libro de una trilogía con la misma protagonista

John, Jane, Rachel y la novela burguesa

BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ

Cuando ya llevaba escritas siete novelas y tres ensayos, Rachel Cusk (Canadá, 1967) descubrió que leer y escribir ficción le resultaba algo ligeramente "embarazoso".

Tener que sacarse de la manga un argumento y unos personajes, "inventarme a un John y una Jane y hacer que hicieran cosas juntos" le resultaba "totalmente ridículo", un pasatiempo infantil, según explicó en una entrevista -Cusk está entre las mejores entrevistadas de la literatura moderna: se esfuerza lo mínimo en caer bien y siempre da que pensar-. ¿Pretendía decir con eso que se pasaba con todos los bártulos al territorio de la no ficción o por lo menos de la autoficción? Para nada, aquí está Cusk con su octava novela, que además es la primera de una trilogía con la misma protagonista. Sólo que a partir de ahora lo hará a su manera. Sí que hay *johns* y *janes* (por suerte, porque es muy precisa y acertada creando personajes), pero la autora ha optado por prescindir de algo tan engorroso como el argumento y el arco narrativo. En *A contraluz* ocurre lo siguiente: una escritora inglesa, divorciada y madre de dos hijos pequeños

terapia de pareja

"El matrimonio es, entre otras cosas, un sistema de creencias, un relato, y aunque se manifiesta en cosas muy reales, sigue un impulso que, en última instancia, es un misterio. Al final lo real era la pérdida de la casa". En frases como esta, que pronuncia la protagonista de *A contraluz*, se transparenta la propia Cusk, implacable forense de la institución matrimonial. En su anterior libro *Aftermath*, no publicado en España, se dedicó a diseccionar sin piedad su propio divorcio con frases como esta: "Mi marido creía que le había tratado de manera monstruosa. Esta creencia suya no podía modificarse. Todo su mundo dependía de ella".

toma un avión a Atenas donde va a impartir un curso de escritura. En el viaje se encuentra con una serie de figuras que se vacían ante ella explicándole episodios de sus vidas. Y ya. Esos personajes, un millonario, una escritora feminista, un editor anglófilo, una dramaturga, los estudiantes de su curso, no se cruzan ni interactúan ni llegan a ningún tipo de conclusión más allá de la que extraen Faye, la narradora-esfinge, y el lector.

Que nadie entienda esto como un argumento disuasorio en un mes en que las librerías rebosan de novedades atractivas. Al contrario. Rachel Cusk pertenece a ese grupo de escritores que podrían hacer de su lista de la compra una lectura fascinante. Casi lo hizo. En el 2009 publicó *La última cena* (Lumen), el relato de su estancia familiar de tres meses en la Toscana, lo cual dicho así suena a banalidad suprema, a uno de esos libros escritos por mujeres anglosajonas de mediana edad que descubren verdades sobre la vida en países con menos PIB y mejor comida que el suyo. Excepto que, por supuesto, lo que le salió fue una cosa muy distinta, mucho más legible y torturada.

En Gran Bretaña -aunque nació en Canadá, su familia, su formación, su tono, su humor y sus lecturas la delatan como lo que es, una inglesa de clase media alta-, Cusk provoca reacciones viscerales, poco habituales para un escritor de prosa cerebral, reflexiva y hasta cierto punto minoritaria. Esto se notó especialmente tras la publicación de su anterior libro, una crónica de su propio divorcio, que generó críticas muy personales. Más que reseñar su libro, algunos periodistas la reseñaron a ella. Nos tememos que el fenómeno tiene que ver más con su género y su origen social que con sus opciones narrativas. Tanto en *A life's work*, su descarnada reflexión sobre la maternidad, y en novelas como *Arlington Park* y *Las variaciones Bradshaw* (ambas en Lumen) la autora se ha ocupado de la desesperación de las mujeres pudientes del primer mundo, una causa con la que es difícil ganar adeptos. Pero ni siquiera aquellos que se exasperan con ella son capaces de negar que están ante una autora de una inteli-

Cusk provoca reacciones viscerales, poco habituales para un escritor de prosa cerebral, reflexiva

gencia casi feroz. "Los escritores necesitan ocultarse en una vida burguesa como las garrapatas necesitan esconderse en el pelo de un animal: cuanto más adentro, mejor", le hace decir Cusk a uno de sus personajes. Y, luego, una vez ocultos, se dedican a menesteres mucho más oscuros. |

Rachel Cusk

A contraluz

LIBROS DEL ASTEROIDE. TRADUCCIÓN DE MARTA ALCARAZ.
218 PÁGS. 18,95 EUROS. A LA VENTA EL 26 DE SEPTIEMBRE